

Un retrato de Javier Campano Horacio Fernández

Entre las imágenes que esta nota acompaña se encuentra un autorretrato en el que Javier Campano se presenta reflejado en la ventana de una habitación de hotel. Pero, en realidad, lo que mejor puede verse en esa imagen es una sobria naturaleza muerta, más azarosa que compuesta, formada por elementos nimios de tan cotidianos: las cosas que abultan los bolsillos (llaves, monedas, tabaco, mechero...), además de un puñado de postales, un vaso alto, un cenicero y carretes y algún otro objeto fotográfico.

En el conjunto, enlucido (o, más bien, velado) por una lámpara con su pantalla, nada es narrativo y, menos todavía, simbólico. Nada se evoca, lo que tiene la curiosa propiedad de evocar cualquier cosa por su vaguedad. Es personal, es cierto, pero también anónimo, o casi anónimo. Del autor sólo se descubre el contorno de la cabeza como una sombra de la que forma parte un dedo que está en tensión, un índice que no compone ninguna figura, no señala a ningún sitio y ni siquiera se apoya en la mejilla para componer una figura pensativa o interesante. Es un dedo funcional, que está haciendo lo que debe, es decir, apretar cuidadosamente, para conservar la apariencia inmóvil de las cosas, el disparador de una cámara fotográfica. El autorretrato, al final, no es más que una sombra, una silueta rodeada de objetos sin importancia.

Aunque también haya otros autorretratos de Javier Campano en parecida forma de sombra o espectro, la mayoría de los que se ha hecho son como los de los demás fotógrafos, al desgairse en un espejo o la luna de un escaparate, con el rostro cubierto por su instrumento de trabajo. Retratos a medias mecánicos, a medias psicológicos, en los que a veces se descubre cierto humor: fotógrafos tuerfos, fotógrafos guiñando un ojo.

Este autorretrato forma parte de un manojo de fotografías que tengo entre las manos y que es una buena muestra del trabajo de Javier Campano. Son fotos que invitan, como de costumbre, a la contemplación reposada, una a una. Muestran sombras en muros y cristales, volutas de humo que flotan en la penumbra, la silueta de un florero ante un fondo soleado, reflejos en escaparates y ventanas, el movimiento de la luz sobre una mesa, una calle o el suelo, entre otros pormenores de semejante peso, como sillas apiladas, vasos al trasluz, árboles invernales o cortinas que domestican paisajes poco románticos que nunca se reproducirán por miles en forma de tarjetas postales. Fragmentos perezosos, abandonados a su suerte, incapaces de levantar la voz, carentes de cualquier retórica, que no revelan ningún secreto, ni siquiera una anécdota.

Javier Campano hizo estas fotografías en distintas ciudades europeas en el último lustro del siglo pasado. Y es verdad que parecen de otro siglo. De un tiempo que, en propiedad, tampoco es exactamente el pasado, aunque no pueda evitar serlo, por más que Javier Campano haya cuidado que sus imágenes no recojan más cosas que las que deben ser respetadas por el tiempo o, dicho en otras palabras, las que sean capaces de soportar miradas atentas, las que no se derrumben ante una atención concentrada.

En efecto, son fotografías repletas de tiempo. Pero no en el sentido fugitivo que caracteriza esta palabra, sino como sinónimo de detenimiento y sosiego, de esmero y, por supuesto, calma, como cuando se dice "tengo tiempo" o "habrá que tomarse un tiempo".

El autor de estas fotos no se parece a esos personajes que están continuamente ocupados en asuntos que tienen que resolverse de inmediato, siempre con las manos llenas de papeles y la cabeza absorta en minucias tan apremiantes como decisivas. No es de los que viven con prisa y creen que piensan tan rápido como viven, lo que equivale a decir que viven y piensan peor de lo que creen. Pero tampoco es de aquellos otros que se quedan sentados a la espera de la revelación y nunca se sabe si en realidad piensan, reposan o simplemente están sentados sin saber por qué ni para qué.

Como así no hay manera de hacer buenas fotografías, Javier Campano está obligado a ser más bien de otro tipo. No le queda más remedio que moverse, ya que tampoco se pueden hacer buenas fotografías sin cambiar de lugar—una de las numerosas frustraciones de los llamados "viajeros inmóviles" es no conseguir fotografías que den fe de sus increíbles excursiones. Pero se mueve sin apresurarse, con parsimonia, tomándose su tiempo. Permanece a la espera tenazmente, procura pasar desapercibido, no brillar ni lucirse más de lo imprescindible. Para él es sencillo comportarse así. No es afectado ni presuntuoso, y menos aún dado a prestarse a los excesos sentimentales. A decir verdad, los excesos no son sus temas.

Al igual que los mejores fotógrafos o, al menos, al igual que los fotógrafos más creíbles, Javier Campano no tiene demasiada imaginación y la que tiene es más fría que templada, inservible para inventar, lo que no es ninguna insuficiencia cuando lo que toca hacer, como es su caso, no es inventar, sino descubrir, una tarea a la que se aplica con un detenimiento al que hay que calificar como flemático, un carácter tranquilo, reflexivo y reposado, más contemplativo que activo, muy recomendable para fotógrafos.

Hace diez años escribí en un papel, y por si fuera poco varias veces, que Javier Campano era un fotógrafo entregado a la melancolía. Que era poseedor de un deje, así escribía entonces, melancólico, y que esa actitud era efecto de su distancia, que supuse obligatoria, ante lo cercano. Hasta encontré una justificación, que ahora me parece muy discutible y seguramente me servía para enfriar un poco la querencia que le había impuesto, según la cual el deje que le atribuía se explicaba más por razones técnicas que por causas emocionales.

Me temo que no estuve acertado con tanta melancolía. Y digo que lo supongo porque Javier Campano nunca me ha desmentido aquellas palabras, que se tuvo que tragar en un folleto que, según el

colofón, se terminó justo cuando iniciaba el paseillo un conocido matador de toros. Se titulaba Vida mía y, en palabras de Javier Campano, era "el álbum de fotos que nunca he conseguido hacer."

Con sólo observar aquel álbum lleno de gente se veía de sobra que lo de la melancolía no era lo más adecuado para la ocasión. De poco sirve pensar que llamar a un artista o a un fotógrafo melancólico no era ningún ultraje, ya que era bastante peor que un insulto: era un tópico.

Los fotógrafos, como los artistas, tienen que ser melancólicos y saturnianos. Solitarios y maniáticos. Meditabundos e introvertidos. Reservados y esquivos. Fastidiosos y secretos. En otras palabras, tan semejantes entre sí como distintos de los demás, los que no somos artistas ni fotógrafos. Así tendrían que ser, pero, por fortuna, no lo son.